

» los Persas, eran en un principio puros, y estaban sometidos á
» Ormuzd, su autor. Ahriman los vió, y envidió su felicidad; les ha-
» bló primero bajo la forma de una culebra, les ofreció frutos, y les
» persuadió de que era el autor del hombre, de los animales y de las
» plantas del hermoso universo que habitaban. Le creyeron, y desde
» entonces Ahriman fué su señor; su naturaleza se corrompió, y esta
» corrupcion infectó toda su posteridad¹. »

No hay cosa mas célebre en las tradiciones mejicanas que la *madre de nuestra carne, la mujer de la serpiente*, privada de su primer estado de felicidad y de inocencia².

¿Qué significan esos ritos expiatorios para purificar al niño al entrar en la vida, que se encuentran en todos los pueblos? Esta ceremonia se verificaba comunmente el día en que se daba un nombre al niño, y este día era entre los Romanos el nono para los niños y el octavo para las niñas³, y se llamaba *lustricus* con motivo del agua lustral que se usaba para purificar al recién nacido⁴. Ritos semejantes se encuentran en casi todas las naciones, y este hecho es tan evidente, que el mismo Voltaire no ha podido menos de reconocerlo. « Advertimos, dice, que los Parsis tuvieron siempre un bautismo. El bautismo es comun á todas las antiguas naciones de Oriente⁵. » Y en otra parte: « El pecado del hombre degenerado es el fundamento de la teología de todas las naciones antiguas⁶. »

Á mas de que, ¿no encontramos en nosotros mismos la prueba de nuestra degradacion, sin necesidad de recurrir á todas estas autoridades extrañas? Decidme, ¿qué es en efecto esa inconcebible mezcla de buenos deseos y de malas inclinaciones, de grandeza y de humillacion, de verdades y de errores, de virtud y de vicio que se manifiesta en nosotros desde la niñez? ¿Qué son esos dos hombres enemigos que llevamos en nosotros y que convierten nuestra vida en una continua guerra? No negaréis que así somos todos nosotros, y en verdad que fuera digno de lástima el que no reconociera que el hombre tal como es en el día, inclinado al mal desde la cuna, no es mas que una gran ruina.

Esto es cierto; pero en fin, ¿cómo el crimen de uno solo ha infectado toda una raza? ¿Cómo los hijos pueden sufrir la pena de la falta de su padre? Hé aquí lo que pregunta con mas insistencia que nunca la orgullosa razon de nuestro siglo. En compensacion le recordaremos

¹ Vendidad-Sade, pág. 305-428.

² Mr. de Humboldt, *Vista de las Cordilleras*, t. I, pág. 237.

³ Macrob. Satur. lib. I.

⁴ Festus, *De Verb. signific.*

⁵ *Observaciones sobre la historia general*, § IX, pág. 41.

⁶ *Cuestiones sobre la Enciclopedia*. — Véase tambien el *Zend-Avesta*, lib. II; Virgil. *Eneid.* lib. VI, v. 426-429; Creutzer, *Religion de la antigüedad*.

primero las explicaciones que preceden sobre los efectos del pecado original, y descendiendo despues al fondo de los misterios de la naturaleza humana, le diremos con un filósofo pagano: « Hay seres *colectivos* que pueden ser culpables de ciertos crímenes lo mismo que los seres individuales. Un Estado, por ejemplo, es una misma cosa continuada, un todo, semejante á un animal que siempre es el mismo y cuya edad no pudiera alterar su identidad. Siendo pues el Estado *uno*, en tanto que la asociacion conserva la unidad, el mérito y el vituperio, la recompensa y el castigo, en cuanto á todo lo que se hace en comun, le son distribuidos justamente, como el hombre individual; pero si el Estado ha de considerarse bajo este punto de vista, lo mismo debe suceder con una familia procedente de un tronco comun, del cual tiene no sé qué fuerza oculta ó comunicacion de esencia y de cualidades que se extiende á todos los individuos de la descendencia. Los seres producidos por medio de la generacion no se parecen á los productos del arte; en cuanto á estos, cuando se ha terminado la obra, queda en el acto separada de la mano del artífice y no le pertenece mas: es hecho *por él*, mas no *de él*. Por el contrario, el que es engendrado procede de la sustancia misma del ser generador, de tal modo que tiene *de él* cierta cosa por la que es muy justamente castigado ó recompensado por él, porque esta cierta cosa es él¹. »

En este caso se halla indudablemente el género humano. « ¿Qué somos, dice san Agustin, qué son todos los hombres, sino una prolongacion de Adan, un mismo y único hombre perpetuándose al través de los siglos con sus cualidades y vicios? *Omnes nos unus Adam*. » Hé aquí por qué el mas profundo intérprete de los misterios de la naturaleza y de la gracia, san Pablo, no ve mas que dos hombres entre todos: el primer Adan, del que somos todos por el nacimiento corporal la prolongacion y reproduccion mancillada; y el segundo Adan, Nuestro Señor Jesucristo, del cual somos por el nacimiento espiritual la prolongacion y reproduccion santificada².

Estas consideraciones, que arrojan algunos rayos de luz sobre este dogma profundo, son suficientes para satisfacer á una inteligencia recta y reflexiva, y cierran la boca á los charlatanes vulgares, demostrando que el objeto de sus ataques no es en modo alguno contrario á la razon.

Repetimos, pues, que por una parte el terrible misterio de la transmision del pecado original es cierto, y por otra parte inexpugnable, porque como Dios es infinitamente bueno, justo y santo, necesariamente debe deducirse que la transmision del pecado original no es

¹ Plutarco, *Términos de la justicia divina*, pág. 48-50.

² Rom. v; I Cor. xv; Ephes. iv.

contraria á una bondad, justicia y santidad infinitas. En una palabra, Dios es justo y nosotros somos castigados : hé aquí lo que es indispensable que sepamos, pues lo demás no es mas para nosotros que *pura curiosidad*. Nada temamos : Dios no ha hecho ni hará jamás injusticia á nadie. Esta es la gran respuesta para todas las dificultades que nuestra alma ó la de los demás puede formar sobre este misterio como sobre todos los que se encuentran en la Religion. Tenemos una satisfacción en decir que es también la respuesta y el consejo del gran Maestro que nos sirve de guía : « Aunque no pueda, dice san Agustín, » refutar todos los argumentos de los herejes, veo sin embargo que » es preciso atenerse á lo que nos enseña claramente la Escritura, á » saber : que ningún hombre puede llegar á la vida y á la salvación » sin estar unido á Jesucristo, y que Dios no puede condenar injustamente á nadie, ó privarle injustamente de la vida y de la salvación¹. »

Dios fué, pues, justo, perfectamente justo al castigar á Adán y Eva, é incluyéndonos á todos en su castigo. Lo mas interesante en esto consiste en que, en medio de una conducta tan severa en apariencia se ve brillar una misericordia infinita.

En efecto ; 1º. en vez de hacer que mueran nuestros primeros padres el mismo día de su falta, como tenia derecho de hacerlo, Dios les concede el tiempo y el medio de hacer penitencia.

2º. Para vengarles del demonio, promete á la mujer que un día le aplastará la cabeza, les volverá los bienes que han perdido, y serán realmente semejantes á él para confundir el orgullo de Satan, cumpliéndose en toda su latitud la promesa engañosa que les habia hecho : *Seréis como dioses*.

3º. Esta redención será tan abundante, y los bienes que acarreará al género humano serán de tal modo superiores á los males ocasionados por el pecado original, que la Iglesia no vacila en exclamar, al hablar del pecado de Adán : *¡ Venturosa falta ! ¡ pecado verdaderamente necesario, pues nos ha merecido tener tal Redentor² !*

4º. Desde el momento de su pecado, Dios no tendrá otro pensamiento que el de repararlo; y la salvación del hombre será su única ocupación, el centro al que irán á parar todos sus designios, y el fin de todas sus obras.

El alma se llena de asombro al considerar la inconcebible facilidad y la prodigiosa misericordia con que Dios perdona al padre del género humano. Tratemos de echar algún rayo de luz en este abismo de sabiduría y de bondad, pues el uso mas noble de la razón consiste en conducir al hombre á la fe.

¹ De Pecc. merit. et remiss. lib. III, c. 4, n. 7.

² Oficio del Sábado Santo.

« El hombre se hace enemigo de Dios con su pecado, y es preciso » que el odio recíproco de Dios y del hombre se trueque en amor » mutuo, para que uno y otro puedan formar de nuevo una unión » verdadera. Pero el hombre no puede reconciliarse con Dios, si no » es perdonado; ni Dios reconciliarse con el hombre, si no está satis- » fecho; son relaciones necesarias derivadas del Ser infinitamente » justo y bueno.

» Pero siendo Dios infinitamente justo, no puede ceder los derechos » de su justicia, y castigará por consiguiente al hombre con rigor infi- » nito. Por otra parte, siendo Dios infinitamente bueno y queriendo » salvar al hombre, le perdonará con una bondad infinita. ¿Cómo se » conciliarán estas dos cosas? Castigar al hombre con rigor infinito, » es hacer que muera en medio de los mas espantosos tormentos; y » perdonarle con bondad infinita, es conservarle sano y salvo con » todos sus privilegios. ¿Puede el mismo Dios, á pesar de ser tan » poderoso, destruir y conservar á un tiempo al hombre?

» Sí, puede; puede destruir á un hombre en lugar de todos los » hombres, y puede conservar todos los hombres en consideración á » un hombre destruido. Así como la falta de uno solo ha hecho á todos » los hombres pecadores, la justicia de uno solo justifica á todos los de- » más¹. La justicia humana nos da la idea y el ejemplo de semejante » compensación². »

Testigo entre otros mil este hecho tan célebre en la historia de Francia. En 1347, Eduardo III, rey de Inglaterra, sitiaba la ciudad de Calais; exasperado por la larga resistencia de los sitiados, los estrechó con tal vigor, que se vieron reducidos á pedir la paz; pero Eduardo se negó á concederla si no se le entregaban seis de los principales habitantes para hacer de ellos lo que quisiera.

Eustaquio de Saint-Pierre se ofreció para ser una de las seis víctimas, y á su ejemplo se encontraron otros cinco que completaron el número, y salieron, con la cuerda en el cuello y en camisa, á presentar las llaves de la ciudad al príncipe inglés. El fiero vencedor queria absolutamente darles la muerte, y ya habia enviado á buscar al verdugo para la ejecución, de modo que fueron precisos los reiterados ruegos y las lágrimas de su esposa para salvarlos de su furor.

Á este ejemplo podrian añadirse otros muchos, y en verdad que demuestra una gran misericordia el no dar la muerte mas que á un solo hombre en lugar de todos los demás, cuando toda una familia, todo un pueblo, todo el género humano es culpable y digno de muerte.

« Esto es lo que hizo Dios. Castigó á un hombre en lugar de todos » los hombres; luego este hombre será infinitamente aborrecido de

¹ Rom. v, 18, 19.

² Véase á Mr. de Bonald, Teoría del poder, pág. 147 y sig.

» Dios, pues cargará con el crimen infinito de todos los hombres. Al mismo tiempo este hombre, á cuyos méritos deberán todos los hombres su perdon, será infinitamente amado de Dios, pues granjeará á todos los hombres el perdon de un crimen infinito.

» Ahora bien, Dios no puede aborrecer infinitamente mas que al ser infinitamente aborrecible, á un hombre cargado de pecados, ni amar infinitamente mas que á un ser infinitamente amable, á sí mismo, á Dios; luego este *hombre será Dios, será Hombre-Dios.*

» El Hombre-Dios será, pues, castigado en lugar de todos los hombres para satisfacer la justicia de Dios, y todos los hombres serán perdonados y conservados por los méritos y consideracion de este Hombre-Dios. Luego este Hombre-Dios será el intercesor, el salvador, el redentor del género humano, y el fundador de una nueva alianza entre el hombre y Dios⁴.

Así pues, el Redentor reunirá en sí dos grandes caractéres mutuamente opuestos, y será en su conjunto un prodigio de grandeza y de humillacion, y objeto del rigor y de la complacencia de Dios. Cargado por una parte con todas las iniquidades del mundo, experimentará en su vida y en su muerte todo cuanto hay en ellas de mas riguroso, y será el hombre del dolor; y semejante por otra parte á Dios y siendo él mismo Dios, gozará de toda la ternura de Dios, y le glorificará cuanto lo exige y merece.

Tal es por consiguiente la armonía de la justicia y de la bondad de Dios en el castigo y el perdon del pecado original. El hombre, ser finito, era incapaz de satisfacer una injuria infinita, ni podia reanudar el lazo sobrenatural que le unia á Dios y que habia roto el pecado. Dios escogió una víctima de un mérito infinito; esta víctima es inmolada, queda expiado el pecado, se restablece el lazo sobrenatural, y son salvados todos los hombres.

Ahora será facil comprender: 1º. la asombrosa facilidad con que Dios perdona á nuestros primeros padres. La encarnacion del Verbo estaba prevista desde toda la eternidad, y Dios tenia sin cesar ante sus ojos el sacrificio de esta grande víctima. El pecado del hombre estaba en cierto modo expiado antes de haberse cometido.

Verificase la fatal desobediencia, el Verbo eterno se presenta á su Padre, y se le muestra muriendo en el Calvario. Su mediacion es aceptada, y quedando la justicia divina plenamente satisfecha, la misericordia se manifiesta con esplendor respecto de los culpables.

Es fácil comprender: 2º. cómo han sido salvados los hombres que existieron antes de la venida del Redentor, los cuales lo fueron en vista de este Redentor futuro. Aunque no debia efectuarse sino en la plenitud de los siglos, la oblacion voluntaria del Cordero inmacu-

⁴ Mr. de Bonald, *Teoría del poder*, pág. 147 y sig.

lado desde el origen del mundo habia calmado la cólera de Dios y proporcionado á los hombres el tiempo y los medios de reconquistar su gracia.

« No nos quejemos, pues, dice admirablemente san Leon, de la conducta que Dios ha observado en la obra de la redencion, y no se diga que Nuestro Señor ha tardado demasiado en nacer segun la carne, como si los siglos que precedieron á su nacimiento hubieran estado privados del fruto de los misterios que ha obrado en las últimas épocas del mundo. La encarnacion del Verbo, decretada desde toda la eternidad en los consejos de Dios, produjo antes de realizarse los mismos efectos que ha producido despues. El misterio de la salvacion de los hombres no ha estado nunca sin efecto en la antigüedad mas remota; los Profetas habian predicho lo que los Apóstoles han predicado, y la obra del Salvador no puede considerarse como diferida con exceso, pues ha sido siempre el objeto de la fe.

» Al llevar Dios á cabo la encarnacion de su único Hijo, no atendió, pues, á la redencion del género humano por un nuevo plan de conducta ni por compasion tardía, sino que desde los primeros dias del mundo estableció una misma y única causa de salvacion para todos los hombres y para todos los siglos.

» Es cierto que la gracia de Dios se ha esparcido con mas abundancia desde el nacimiento temporal de Jesucristo; pero no empezó entonces á comunicarse, pues por ella fueron santificados los Santos de todas las épocas. El profundo misterio del amor de Dios, cuya fe se halla actualmente establecida en toda la tierra, es de una virtud tan eficaz, que aunque no estuviera aun mas que profetizado y figurado, todos los que estaban enlazados *por medio de la fe* á la promesa que Dios habia hecho sacaron el mismo fruto que los que despues de efectuarse han recogido sus saludables efectos. Por *esta fe* fueron santificados todos los Santos que precedieron al Salvador, y por ella fueron miembros del cuerpo místico de Jesucristo⁴.

De modo que nunca ha sido posible la salvacion sino por Jesucristo y por la fe en él. Todos los hombres, sin distincion de país, época ó nacion, han debido creer en el misterio de la redencion, y así como todos los hombres se condenaron en el primer Adan porque le estaban unidos, del mismo modo para salvarse deben estar unidos al segundo Adan. El lazo esencial de esta union es la fe en él.

Oigamos al príncipe de los teólogos, santo Tomás, hablando de la necesidad de la fe en Jesucristo: « No hay, dice, segun el Apóstol, otro nombre bajo el cielo por el cual puedan ser salvados los hombres, y por esta razon ha sido necesario que el misterio de la encar-

⁴ De Nativ. Serm. XX.

» nacion fuera creído *de algun modo* en todas las épocas y por todos
» los hombres. Esta creencia ha sido diferente segun las épocas y las
» personas.

» El hombre, antes de su pecado, tenia la fe explícita de la encar-
» nacion del Verbo, en cuanto esta encarnacion tenia por objeto la
» consumacion de la gloria, pero no en cuanto tenia por objeto libertar
» al hombre del pecado con la muerte y la resurreccion de Jesucristo.

» Despues del pecado, el misterio de la encarnacion fué creído, no
» solo en cuanto á la encarnacion, sino tambien en cuanto á la pasion
» y á la resurreccion, por las cuales es libertado el género humano
» del pecado y de la muerte. De otra suerte, los hombres no hubieran
» figurado de antemano la pasion de Jesucristo con los sacrificios
» usados antes de la ley y bajo el imperio de ella. Los mas ilustrados
» sabian explícitamente la significacion de estos sacrificios, y creyendo
» los menos ilustrados que Dios habia establecido estos sacrificios
» figurativos, encontraban en ellos un conocimiento oculto de Jesu-
» cristo. Añádase que conocieron mas distintamente el misterio de la
» encarnacion á medida que mas se iba aproximando la ejecucion de
» este hecho grandioso ⁴ »

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, adoro la justicia y bendigo la mise-
ricordia que mostrásteis en el castigo del pecado original. Os doy las
gracias por habernos prometido un Salvador, y dadnos la gracia de
aprovecharnos bien de sus méritos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo
como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor,
renovaré todos los meses las promesas de mi bautismo.

⁴ Non est aliud nomen sub cælo datum hominibus in quo oporteat nos salvos fieri, et ideo mysterium Incarnationis Christi aequaliter oportuit omni tempore esse creditum apud omnes: diversimode tamen secundum diversitatem temporum et personarum. Nam ante statum peccati, homo habuit explicitam fidem de Christi Incarnatione secundum quod ordinabatur ad consummationem gloriæ; non autem secundum quod ordinabatur ad liberationem à peccato per Passionem et Resurrectionem... Post peccatum autem, fuit explicitè creditum mysterium Incarnationis Christi, non solum quantum ad Incarnationem, sed etiam quantum ad Passionem et Resurrectionem quibus humanum genus à peccato et morte liberatur. Aliter enim non præfigurassent Christi Passionem quibusdam sacrificiis et ante legem et sub lege. Quorum quidem sacrificiorum significationem explicitè majores cognoscebant, minores autem sub velamine illorum sacrificiorum, credentes ea divinitus esse disposita, de Christo venturo quodammodo habebant velatam cognitionem: et sicut supra dictum est, ea quæ ad mysteria Christi pertinent, tanto distinctius cognoverunt quanto Christo propinquiores fuerunt. (D. Thom. 2, q. 2, art. 7; S. Aug. Lib. de Correp. et Gratia.)

LECCION XVIII.

HISTORIA DE JOB.

Consecuencia de la doctrina de san Leon y de santo Tomás. — Los hombres han tenido siempre la gracia necesaria para creer en el Redentor. — Pruebas de razon. — Testimonios históricos. — Job testigo y profeta del Redentor. — Su historia. — Sus riquezas. — Su gloria. — Sus adversidades. — Su paciencia. — Visita de sus amigos. — Job justificado y recompensado.

Habiendo sido siempre necesaria para la salvacion la fe en el Redentor, es preciso deducir que todos los hombres, sin distincion de época ó de país, han tenido siempre la gracia necesaria para creer en el misterio de la Redencion. La razon que lo prueba es que Dios quiere la salvacion de todos los hombres, y que Nuestro Señor murió por todos ellos sin excepcion. Luego ha dado y conservado á los hombres las luces y gracias necesarias para salvarse, de modo que nunca haya sido imposible á nadie la salvacion.

Sabemos muy bien que los Judíos tuvieron siempre la nocion suficiente para ser salvados por este Redentor. ¿Sucedió lo mismo á los gentiles? ¿Cómo tuvieron y conservaron la nocion y la fe necesaria en el misterio de la redencion?

No podemos sondear el abismo de los consejos de Dios, ni contar todos los medios que tiene para comunicarse con su amada criatura; pero existen varios que conocemos.

1º. Los gentiles eran, como los Judíos, hijos de Adan y de Noé; luego habian tenido nocion del estado del primer hombre, de su pecado, y de las primeras promesas de un Reparador. Al alejarse de la cuna comun, se habian llevado consigo estas diversas tradiciones, como lo testifica su historia ¹, pues se encuentran los vestigios de la creencia en un Redentor en los oráculos de las sibilas y en los cantos populares ². Este es sin duda uno de los dogmas fundamentales de la Religion, de los cuales dijeron recientemente los Obispos de Francia en una declaracion reciente, que se encuentran vestigios en las tradiciones de los diferentes pueblos ³. « Los que inventaron entre vosotros,

¹ Todo el mundo conoce los testimonios célebres de Tácito y de Suetonio; nos referimos al *tomo II* de esta obra.

² Véase, sobre las sibilas, su número y la autenticidad de sus libros; á Lactancio, *Div. Instit.*; san Agustin, *Ciudad de Dios*; san Justino, *Apolog.*, y especialmente al sabio P. Grisel, jesuita, en su obra titulada: *El Misterio del Hombre-Dios*.

Libenter agnoscimus cum doctoribus Religionis apologistis vestigia primitiva